

In memoriam, Carlos Franco, quien editó el presente artículo

socialismo y participación

Mayo 1983

Hugo Neira / LAS DEMORADAS
ESTRELLAS: leyendo a Alan García

Hugo Neira / LAS DEMORADAS ESTRELLAS: leyendo a Alan García

EL rol político del autor y un poco el título —los aspectos más llamativos y visibles del trabajo— van a desconcertar a más de un comentarista. ¡Qué fácil resulta reseñar *El Futuro Diferente* como un ensayo del planteamiento político para el presente y los inmediatos años ochenta! Me encargaré de demostrar que la parte del devenir no es la más densa, aunque algo de ello tiene. Y que tampoco se trata de un libro completamente consagrado a reiterar a Haya. ¿Entonces?

A poco que se avance en esas páginas, pasados los inevitables capítulos iniciales de doctrina —casi como el ritual del bautizo del aprismo de los años treinta en la ciencia infusa del hegelianismo y la dialéctica— dejadas atrás las brumas metafísicas en las que otros es-

píritus hallarán placer, no es mi caso, se ingresa en un territorio económico y social, más familiar, de nuestros días. Y aquí radica, por mi parte, la primera y esencial sorpresa: Alan García, que extraerá de todo esto razones para no sólo perseverar en su aprismo sino para proponer aunque escuetamente un programa, va en adelante a razonar, argumentar y organizar sus hipótesis sobre la sociedad peruana y sobre su propio partido, desde unas categorías, una información, que nos son a todos familiares, desde conceptos que no son forzosamente apristas, en definitiva, desde un *lenguaje*, vale decir, una explicación, una actitud, una voluntad común. Y es esto lo esencial de este libro, no “el planteamiento”, ni el “hayismo”, en los que estoy seguro, recaerá la mala fe de muchas y desentonadas lecturas de este trabajo a todas luces sorprendente.

Alan García propone, pues, un enlace o vinculación entre la ideología aprista y las actuales ciencias sociales. Este enlace, en efecto, es el propósito central de su libro “*El Futuro Diferente*”, como el autor mismo lo confiesa (Introducción, pág. 20). Si esto es así, estaríamos ante la más audaz y más compleja formulación ideológica hecha desde el aprismo en el curso de los últimos decenios y dados el rol político y el espacio social que ocupa ese partido en la vida del país, presenciáramos, tal vez, una aproximación inte-

1. Alan García fue elegido Secretario General del Partido Aprista Peruano en el curso del XIV Congreso Nacional a finales de octubre de 1982. Anteriormente, fue miembro de la Asamblea Constituyente que presidiera Haya de la Torre y que promulgara la Constitución de 1979. Es actualmente, también, diputado y antes de su ascensión, detentaba la Presidencia de la Comisión Nacional de Ideología y Doctrina del Partido Aprista. Alan García estudió sociología y derecho en las universidades de Madrid y París. Estos datos, conocidos de los peruanos se consignan aquí, tomando en cuenta la difusión internacional de “*Socialismo y Participación*”.
2. *El Futuro Diferente*, la tarea histórica del APRA. Lima, 1982, 232 páginas.

lectual de lo más significativa entre corrientes de ideas de la presente generación, si hubiera la voluntad y la lucidez necesarias.

Que estas consideraciones generales, a la entrada de estas notas de lectura hechas "sine ira et studio", sirvan para situar los alcances mayores de este libro que comentamos y de paso establecer la responsabilidad de la presente nota como de toda otra lectura libre y crítica.

He dicho complejidad. A primera vista el libro tiene tanto de filosofía social como de economía política. Comienza tratando de las ideas fundadoras de Haya de la Torre para seguir luego con una exposición económico-social que abarca el Perú de 1930 a nuestros días. Esto, en un par de capítulos bien separados y formalmente distintos: "principios esenciales" y "análisis histórico". Pero a medida que se avanza y se ingresa en la lógica expositiva del autor se comprende que la imbricación ideológica y científica es profunda, si es que no es ella misma la base del procedimiento. Así, cuando el autor trata de las "ideas", lo hará en la medida que estas preparan la "temática social", es decir, el asunto de fondo, aquella segunda parte que es una disertación económico, social y política, la cual a su vez no hará sino confirmar el capítulo primero. Esta causalidad circular irriga todo el libro. Y constituye su mayor atractivo y, también, como mostraré más adelante, su riesgo mayor.

Así, Alan García no nos presenta un libro únicamente doctrinario, otro más insistiendo en la perennidad de las tesis primigenias de Haya por aquellos fecundos años treinta. Si así fuese, nada me movería a recorrerlo ahora como lo hago, pluma en mano. Tampoco estamos ante un alarde partidario de tecnicidad aprista. La tecnicidad suele

ser, forzosamente, parcial, aplicada, y pienso en la contribución al tema agrícola de un Heysen hace ya años, en economía de un Grieve o un Luis de las Casas. Nada avanzamos con decir que el trabajo es doctrinario y técnico: la suma de dos parcialidades no constituyen una globalidad a la que el autor aspira. Por lo demás, hay problemas epistemológicos: la doctrina penetra en lo técnico, y viceversa.

Se dará un paso hacia adelante si se repara en la noción de "vinculación", a mi juicio, matriz de este libro.

Se trata de un engarce. Primero y obviamente, con las ideas del propio Haya al que resitúa en el panorama de las ideas de estos años ochenta. En segundo lugar, con lo que vamos a convenir en llamar "las teorías de la dependencia", aquellas que se desarrollaron en el Perú y en la América Latina fuera del aprismo, a menudo contradiciendo a este, pero a las cuales forzosamente Alan García se remite y con las que teje, como indicaré en su momento, una relación ambigua, de discusión y de inclusión, de rechazo y de incorporación. En suma, esfuerzo de vinculación del moderno cientismo social con el fundamentalismo ideológico aprista de los años treinta. Pero, también, discusión *al interior* de las teorías actuales del subdesarrollo y la dependencia. Este último aspecto ha escapado a la mayoría de los observadores lo cual es paradójico, puesto que es un tema sobre el cual el autor ha invertido mayor tiempo y esfuerzos, en la medida en que su propia tesis sobre el Estado, el desarrollo posible, pasa por la crítica del "cepalismo" y el "desarrollismo" que le preceden.

La envergadura y la audacia de esta operación intelectual salta a la vista si se repara, además, en que dicha vinculación —cientista y extra-aprista—, no fue reclamada por los propios "compa-

ñeros" de Alan García, hasta la fecha. La actualización del aprismo —entre otras señales, este libro— viene a arrancarnos a todos de una íntima como pereza convicción.

A los apristas, para quienes el discurso político no podrá seguir únicamente siendo en adelante aquel recitado sin duda carismático pero inactual de las tesis primigenias.

A los no-apristas, para quienes el instrumental intelectual de las ciencias sociales y en particular los *paradigmas*³ de las teorías de la dependencia y el desarrollo para la América Latina habían sido casi el monopolio de las versiones marxistas-autoritarias.

He aquí, pues, la apuesta de Alan García: ha llegado el momento de enunciar lo que constituye el desafío implícito de este trabajo. Este libro viene a decirnos un par de cosas. Reclama para los apristas el derecho a ingresar en el arsenal de las ciencias sociales contemporáneas para proveerse de hipótesis y argumentos en las obras de los sociólogos y economistas más actuales, sin por ello perder o extraviar su propia identidad. Es decir, de un cuerpo científico general obtienen una lectura filosófica, ética y política que apunta a la construcción de otro proyecto donde la noción de libertad, por ejemplo, sin ingresar por ahora a la de Es-

3. Se denomina *paradigma* un conjunto de proposiciones en las que conviene un grupo importante de investigadores y científicos en un momento dado de la historia de una disciplina para cuestionar la realidad, para establecer pruebas y evaluaciones, y formular alguna generalización a partir de dichas pruebas y verificaciones. El *paradigma* no es la teoría. Se distinguen tres *paradigmas* frecuentemente utilizados en los estudios de las sociedades contemporáneas: el *paradigma* de la modernización, el de la relación centro-periferia y el de la dependencia, un derivado de esta última.

tado o de democracia, ocupa un lugar privilegiado, a diferencia del rol fugaz que le otorgan los demás discursos rivales. Ese libro está ahí para decirnos, vindicativamente, que un aprista puede perfectamente usar como suyo el caudal de una "empiría" y unas teorías sociales pensadas para la periferia del sistema mundial y provocar en ésta, una vez más, un proyecto histórico competitivo y cismático.⁴

Estoy sugiriendo, pues, como se verá no sin razones, que ante el conjunto de "la clase política" peruana y de la *intelligentzia*, hay una postura que guarda remembranzas con lo ocurrido en los años treinta. Hay que descartar, para avanzar comprensivamente, la solución de una modernización ideológica, de una simple puesta al día. O por el contrario, de una reconversión de ese aprismo tras Alan García a una suerte de neo marxismo más entre los otros que ya existen, puesto que una similar lectura de la realidad se acompaña, en su caso, de una propuesta de institucionalidad política que es la de las democracias liberales, finalmente. La actualización es informática y semántica, no abjuración de las peticiones éticas y axiológicas iniciales, de índole libertarias, pero que en el caso del aprismo no provienen de una herencia liberal sino de una herencia anarquista, "valoración del individuo en sí mismo" que el autor reivindica (pág. 51) y que desde sus orígenes separó el aprismo y el comunismo ortodoxo en el Perú, no sólo por sus métodos o su concepción del posible Estado, sino del hombre dominado y del hombre libertado. La apertura semántica a las nuevas nociones que permiten comprender la historia económica del Perú en el siglo

4. La idea de *cisma* remite al trabajo de Carlos Franco, "Izquierda política e identidad nacional" en "Perú, Identidad nacional". Cedep, Lima, 1979.

XX van ligadas a esa suerte de continuo "feedback" fundamentalista. Apertura y tradición.

Cuando una "iglesia" se renueva es para competir mejor. Con este aprismo, posterior al duelo de Haya, el autor no sólo se coloca al lado de las otras izquierdas, en su mismo territorio simbólico, sino que viene a decirles, de alguna manera, que ellos, los apristas, son los verdaderos marxistas "realistas". Esta es la parada de Alan García, y consiste, a mi juicio, en casi lo mismo que hizo Haya de la Torre entre 1924 y 1936, es decir, en leer en la cultura filosófica y económica de su tiempo, y deducir otro tipo de política y de Estado.

Suponer que un libro así pueda pasarse de comentarios es un gesto de soberbia en el cual, por lo menos algunos, no podemos incurrir.

¿Será preciso, sin embargo, añadir, que comentar no es aceptar? Ni tampoco su opuesto: que no se busque en estas notas de lectura ni aprobación ni desaprobación "in toto". No lo quiere ni la preceptiva, ni la riqueza del tema, ni mi propio ánimo. No obstante, conviene ir diciendo que el "Futuro Diferente" es un libro bien construido, bien redactado. Este aspecto formal no es el menos interesante y lo invoco aquí porque el orden del libro organiza esta lectura. En efecto, ante un texto claro y directo, lo menos que se puede esperar es comentarios con un mismo propósito de transparencia. Conviene ir diciendo, por ello, cuáles son las reglas de juego de la presente reseña.

La primera regla consiste en evitar deliberadamente la tentación de lo inmediato. Mi propia apuesta reposa en apreciar este texto "El Futuro Diferente", sea cual fuese la evolución de las fuerzas políticas en el país, como un texto, en sí, significativo, un "tour-

nant" en la historia ideológica del aprismo.

Ciertamente, un libro así puede situarse entre la historia de las ideas sociales y la sumaria crónica electoral y política. Pondré el acento más en lo primero. Me empujan varias razones. El texto mismo marca un cambio decisivo. La evolución política, en cambio, es conjetural, y nada me garantiza hayan las elecciones municipales de 1983 y las generales de 1985. ¿Sería por ello, menos valioso este trabajo? No lo creo. Que un dirigente aprista, tan cerca a Haya en sus últimos años, conecte (o intente conectar) su doctrina con un cuerpo general de ciencias sociales que caminara a la greña de su partido durante treinta años es un acontecimiento. Por ahora, a mi criterio, intelectual. Veremos en los años venideros, si general, nacional y de perfil estatal. Pero todo eso último, pertenece al tiempo, a la conciencia histórica de los peruanos sobre sus posibilidades y promesas, a su capacidad colectiva de creación como de autodestrucción.

Por otra parte, pienso que los roles partidarios y públicos del autor de "El Futuro Diferente" constituyen una desventaja mas que una facilidad para una aproximación racional a sus proposiciones. La extrema tensión de la sociedad peruana de estos días, la emocionalidad que acompaña la lectura del heredero y continuador de Haya, la naturaleza de este discurso que construye a la vez la identidad partidaria mientras busca fuera, en la sociedad política, la movilización de opiniones y conductas, todo esto es evidente y no escapa a mi comprensión. Por ello mismo, para la crítica racional a la que aspiro en este terreno tan extraordinariamente minado de las ideologías vigentes es preciso renunciar, como lo hago, a todo maquiavelismo de aldea, a toda intervención accilar en la vida intestina de un par-

tido, para el caso el aprista, y menos, por el atajo de una reseña intencionada. Jugemos limpio.

Toda comunicación y debate parte del reconocimiento tácito del valor del otro. Es preciso, pues, que los profesionales de la política comiencen también a reconocer la profesionalidad, y la autonomía, de la crítica. No es que ésta se ejerza intemporal e ahistórica. Pero sí el que pueda sobreponerse a la servidumbre de tal o cual actor político. Por mi parte, intento robustecer aquí, no un adversario determinado sino un campo de deliberaciones, un forum o espacio de libre discusión, un clima, donde concertaciones como antagonismos sean finalmente posibles. Que se me permita esta reflexión: a menudo las clases políticas en formación se destruyen en nuestro continente porque no alcanzan a comprender antes del golpe de Estado que las barre del espacio político al eliminar este mismo, qué las ata y reúne por encima de sus diferencias. El sable, a veces (Brasil, 1964; Argentina, 1974) llega sobre un terreno devastado por la autodestrucción. Que ninguna discrepancia por profunda que sea nos lleve a repetir los errores del pasado próximo, el suicidio histórico de la democracia de los años cuarenta y cincuenta que el aprismo pago tan caramente. ¿Casi resulta ofensivo repetir que la crítica de libros no es sino un modo de reflexión a partir del estímulo de un pensamiento ajeno y no una manera de la pasión inquisitorial?

En fin, la segunda regla consistirá en seguir el texto del autor antes de todo análisis. Recapitular no es sin embargo, explicar. Tras la preceptiva sin duda escolar pero eficaz y universal de identificar los temas dominantes (parte I), se examinará cómo algunas proposiciones protocolares del libro entran en interacción, ante el tema doble de la dependencia y la democracia en la América Latina. (parte II).

I. LOS TEMAS DOMINANTES

Tres grandes temas dominan este trabajo. La doctrina aprista. El análisis de la situación de dependencia en el Perú. Y "el camino de solución al problema histórico de nuestra sociedad", el camino aprista, "la democracia cooperativista".

El orden de la disertación sigue aproximativamente el orden temático. En efecto, una primera parte se consagra a "los principios esenciales y su continuidad". Una segunda parte, que el propio autor confiesa la más importante, estudia la economía de enclave, de industrialización desarticulada, de circuitos financieros. Para el futuro diferente, en cambio, no existe un espacio similar al dedicado a la filosofía política o a la economía política. Apenas se le encuentra en el capítulo VII, al final del trabajo, y el tema del camino aprista se halla difuso, o distribuido en diversos pasajes. Por razones de comodidad expositiva seguiremos el orden del autor.

a. *El tema de la doctrina aprista*

De la lectura de Hegel y de Marx, de la dialéctica, extrajo Haya de la Torre algunos de los basamentos metodológicos e interpretativos del aprismo fundacional, y Alan García no puede renunciar a recalcar esos orígenes, a los que dedica el primer capítulo, "los principios esenciales y su continuidad", (pág. 23).

Trata, pues, de las doctrinas científicas, la dialéctica, el trasfondo utópico coincidiendo en el origen del aprismo (págs. 23 y 25) la influencia hegeliana (págs. 26 y 41) la libertad como concepto social dentro del aprismo (págs. 41 y 44) el problema de la historia y del tiempo (págs. 46 y 52). Hay apuntes muy interesantes sobre el enriquecimiento del marxismo por el aporte del

anarquismo libertario (pág. 52). Y lecturas actualizadas, al lado de Haya, figuran referencias a Marleau-Ponty, Sartre, Alain Touraine, y Althusser. (el concepto de sobredeterminación, la sociología de la acción, etc.).

La metodología del aprismo parte de un nuevo agente social: el Frente Único (pág. 53). Ve la sociedad como totalización. La historia, como sucesión discontinua de sistemas. Reconoce la lucha de clases (pág. 53) aunque rechazando la repetición de conceptos europeos. A continuación señala el concepto de clase como analítico y no descriptivo (pág. 58) pegado mucho al sociólogo Ralph Darendorf. En ese terreno, el autor insiste que su partido, a diferencia del planteo del comunismo clásico, no confunde clases y organización partidaria. Luego se ocupa del Estado (tema sobre el que volveremos). Baste para avanzar, apuntar que lo mitiga bajo la idea de una participación permanente que podría ocurrir desde el regionalismo, la autonomía de los municipios y los partidos políticos.

Así, la acción, la historia, la libertad, se continúan por una metodología a partir de la totalización social, la lucha de clases, redefinidas éstas, y el Estado como liberador de las energías creativas. Por la sociedad entendida como organización (pág. 69) el cooperativismo asociado a la técnica (pág. 70) y todo conduce a la superación de los modelos históricos por un nuevo proyecto democrático (pág. 71) que no es ni la economía de mercado regulado por "las grandes corporaciones" ni el del Capitalismo de Estado bajo control burocrático. En el Tercer Mundo, por lo demás, aparecen "regímenes impropriamente llamados socialistas" cuyas experiencias son, en realidad, "modelos de acumulación primitiva por el Estado para superar los bajos niveles de industrialización" (pág. 73).

Luego, el autor insistirá en el papel de la técnica, puesto que "la incapacidad técnica es una forma de la alienación" (pág. 82). A este factor tecnológico está ligado el Imperialismo y su influencia ambivalente y el modelo democrático cooperativo propuesto por el aprismo, (pág. 83).

b. *El tema del análisis histórico de la dependencia*

Los creadores y divulgadores de la teoría de la dependencia casi siempre olvidaron la contribución de Haya de la Torre. El autor se los recuerda. El aprismo fue el primer esfuerzo teórico para comprender la economía latinoamericana "como una dependencia del sistema capitalista mundial".

El aprismo es la inclusión de la historia en el análisis de la situación de injusticia y subdesarrollo" (pág. 87). Notión de historia que le permite superar los análisis empíricos, según el autor. El Imperialismo, "supremo determinador" a través de las clases dominantes es examinado desde la página 89. Tanto como sus modalidades: el papel de las burguesías exportadoras, la economía de enclaves, la periferia como mercado. Vivimos en el agotamiento de esta última tercera modalidad. El estudio de estas modalidades es el propósito del libro de Alan García. Todo ello significa sucesivas modalidades de relación de nuestros pueblos con el imperialismo (pág. 91). Luego aparecen críticas a los conceptos de la Cepal: "que representó una interpretación deformada del proyecto aprista, pues a diferencia de éste, excluyó el análisis de las clases y de la explotación del trabajo", por consiguiente, "excluyó también el carácter antiimperialista que debería tipificar al Estado y por último, excluyendo la planificación y un modelo nuevo de organización social, olvidó el concepto básico de integración" (pág. 94).

Ciertos conceptos, a saber, la economía de enclaves (pág. 97) el proceso desnacionalizador y la extraversion económica (pág. 99) la desarticulación estructural (pág. 100) permiten al autor realizar una descripción de la economía peruana de los últimos decenios en un alarde de síntesis. Pero la historia económica no es el motivo principal de ese esfuerzo, ni la originalidad de esos conceptos, conocidos por todos los economistas y sociólogos que han repasado este aspecto de nuestro subdesarrollo. La contribución de Alan García, he dicho, radica en conectar cada uno de esos períodos económico-sociales a sendas citas de Haya de la Torre, mostrando la vigencia del pensamiento del fundador del aprismo y la operatividad, por decirlo así, de la metodología aprista.

Es curioso, sin embargo, que este co-tejo de citas hayistas y realidad histórica se detiene desde la página 125 a 197, es decir, en la parte central de la segunda parte, considerada precisamente por el autor, como fundamental. Búscuese en efecto, una cita a Haya después de la página indicada, no se hallará. No obstante, se ha ingresado al análisis del momento presente, pues es de estos días a los que se refiere Alan García cuando traza la situación de la industrialización y la crisis y lo que llama, "la tentación coreana". Páginas, pues, referentes a las nuevas modalidades de acumulación dependiente en el país y el papel de los circuitos financieros, que son una apretada descripción de la actual recesión económica y un manifiesto de oposición a las políticas financieras posteriores a 1980. Pero ¿qué, en efecto, sustituye a las referencias anteriores a Haya?

¿Qué? Una moderna y actualizada bibliografía. El asunto no es banal. El autor se somete a una labor de compilador de trabajos empíricos realizados por

una generación de investigadores sociales en la que el aprismo no es precisamente el rasgo relevante. Alan García advierte, en la introducción, por lo demás, de este hecho: "no pretendo originalidad en esa exposición, en sus cifras y datos, es producto de numerosos y valiosísimos estudios, hechos por investigadores sociales. . . empero, su articulación y distribución en períodos, sí son consecuencia de la interpretación y prosecución de las ideas de Haya de la Torre". Bibliografía que proviene, pues, de fuentes internacionales y nacionales. Para seguir el movimiento de las inversiones extranjeras en la América Latina sigue a Tugendhat, Guerin y Mandel, las ediciones de la ONU, de la Universidad de Oxford (Schenfeel, A. "Modern Capitalism"). Para el caso específico de Perú, sigue a V.K. Fitzgerald, la Cepal, y a autores nacionales como Cabieses, Otero, entre muchos otros (págs. 130 y ss.). Es importante recalcar este recojo de información dispersa en muchísimos trabajos monográficos dedicados a aspectos precisos, segmentados, de la evolución de la economía peruana, como el de pesca en 1973 de Cies, el de JC Bossio para la metalurgia en 1976, de González Vigil y otros sobre alimentos y transnacionales de Desco en 1981, de Gustavo Saberbein, para citar algunos. También a estos aludía cuando en las primeras líneas de estas notas de lectura observaba el clima de "voluntad común" del libro de A. García.

c) *El proyecto: ¿democracia y tecnología?*

Las referencias a Haya vuelven desde el capítulo VIII. Aquí se trata un paquete de problemas, agricultura, alimentos, cooperativismo, necesidad de descentralización. Estamos en el terreno hipotético del porvenir, de lo futuro. La respuesta aprista pasa

sin duda, por la economía y el tema del poder, pero también, lo que es inhabitual en teóricos peruanos o latinoamericanos, por la cuestión tecnológica.

Es decir, el papel de la ciencia aplicada y las innovaciones científicas. Unos ejemplos: los cultivos bio-industriales, la lucha contra la desertización tomando la experiencia israelita, experimentaciones genéticas como las emprendidas en India; o el biogás para talleres artesanales que el autor dice ya en utilización en Cajamarca. Estado con plan, cooperativas, gobiernos regionales y tecnología en suma.

Conviene ir diciendo, a modo de primeras impresiones, qué es lo que me parece en este libro, saludable. Para luego añadir, lo que me parece hasta el momento, incompleto o todavía incierto.

Sorprende favorablemente en "El Futuro Diferente" su información, el recojo de trabajos de apristas y de no apristas; su invocación a la tecnología como parte de las soluciones; su fidelidad a los principios y a la memoria de Haya; su actualidad dado que el trabajo encara tanto la crisis nacional como la recesión mundial; su convergencia con otros movimientos intelectuales y políticos en los temas de la necesidad de reconducir la economía a una fase nacional después de la transnacionalización de los últimos tres años, y la revaloración del papel del Estado, y la nación, o de asuntos como el cooperativismo que nosotros preferimos quizá llamar, en "Socialismo y participación", llamamente, autogestión.

Por el contrario, debo expresar mis reservas ante los temas de la doctrina y del proyecto. Estas provienen, en gran parte, de la naturaleza misma del asunto, doctrinario y futurista.

Debo decir, con sinceridad, que las proposiciones doctrinarias me parecen improbables y las del proyecto, a su vez, incompletas.

En efecto, hay en el autor un político y un sociólogo. ¿Cuál predomina? He dicho que su libro vincula ideología y "empiría", y que eso es una operación perfectamente legítima. No he dicho por ello que sea lógicamente posible. Si bien invoca, Alan García, con talento, la idea de dialéctica, de historia, esos orígenes filosóficos del aprismo; una suerte de lectura del marxismo entre otras posibles, ¿qué deducir de ello? Que aquello no es ni falso ni verdadero, sino ideológico. Mi crítica tiene por eso asidero no en una accidental discrepancia con la doctrina del autor y su trasvase a los datos socio-económicos, para el caso, la doctrina aprista. La objeción es más general y de fondo y parte de un personal escepticismo ante trasvases de este género, éste u otros, riesgosos sino improbables. Esto no es válido para una ideología en particular —y bien podría tratarse del Islam o de alguno de los marxismos "oficiales" de nuestro siglo— sino para la ideología, que como se sabe o, créese saber, en parte es racional, y en gran parte, *no lo es*. Ellas aportan sus verdades parciales, sus contenidos éticos, a veces estéticos, casi siempre poderosos, que responden a necesidades emocionales, colectivas, históricas, pero que jamás podrán por completo verificarse. A diferencia del autor, yo sí personalmente creo en la diferencia que estableciera Weber entre el "científico" y "el político" y es mejor comenzar por decirlo lealmente.

Por lo demás, discutir la ideología de alguien es un esfuerzo vano, y casi insultante. ¿Cómo habría de convertir a un musulmán? Y si esto fuese

posible, ¿con qué derecho? Yo admito las ideas-fuerza de Alan García. Esta admisión no es sólo tolerancia sino reconocimiento de un "status" político a las creencias y al sueño activo de las utopías, pero a las que creo por otra parte, inaccesibles finalmente a la razón, (de ahí que haya un límite invisible a las obras de gentes como Bahro, en su crítica "al socialismo realmente existente"). Lo que me interesa es el descendimiento de los cielos de la filosofía política a los terrenos de las "políticas", es decir, a la realidad compartida. Desde este ángulo, ante el libro de Alan García no discutiré su versión holística o totalizadora. La dejo tal y como. Las políticas, en cambio, serían materia de este y otros trabajos complementarios. Entre tanto, dejemos a cada uno con su credo político o con sus escepticismos constructivos. El Perú no puede soportar debates bizantinos ni guerras de religión.

Digo, en fin, que el proyecto futurista, por su parte, luce como incompleto. Este se reduce a tres propuestas concretas, a saber, descentralización, cooperativismo e integración continental, sin duda, interesantes (el viejo tema de la rebelión de las provincias, de la unidad de la América Latina, del Estado regulador, etc.) sin duda, también, insuficientes.

Que no se me malentienda. No sugiero ni que el aprismo ni que Alan García carezcan de programa de gobierno. Sino que éste, objetivamente, no se halla en este libro que comento. Nada hubiera costado, quien lo pone en duda, tanto al autor como a sus equipos partidarios o universitarios que le secundan, añadir una tabla o lista de propósitos, otra versión del plan de gobierno de 1980. No es el caso. Pero también es cierto que el libro se titula "el futuro diferen-

te", y que tal no hay, salvo que por ello se entienda el acceso simple y llano del aprismo al poder.

Este aprismo de Alan García, con una idea del desarrollo y del poder que hay que examinar.

II. "CEDANT ARMA TOGAE".*

CICERON

a) la cuestión del poder

En su idea del poder, hay algunos puntos que me producen perplejidad. Anoto algunos, al paso: el de la libertad, por ejemplo. Es cierto que invoca y asume el legado anarquista. Pero ¿es posible darle a la libertad un sentido colectivo? (pág. 41) ¿Qué es esto de libertad colectiva? El asunto se presta a equívocos. Todos los autoritarismos, de izquierda o de derecha, usan del mismo estratagema: desconfiar del individuo. Rezago de una resistencia a los principios liberales como si éstos no fuesen sino adscritos al liberalismo económico y fueran prácticamente impensables fuera de ese cuadro social e histórico, al interior de otras sociedades, menos injustas económicamente. Si la libertad puede ser social (¿el bienestar material? ¿la solidez de las instituciones?) lo es, también, individual. No habría, por último, libertad en general, sino en materia de regímenes políticos, libertades. ¡Apunto esto sin naturalmente pretender cerrar y menos agotar tal tema! Pero la misma tendencia a un cierto deseo de unanimismo vuelve a aparecer en las definiciones de la sociedad y del Estado. Para el autor, "la liberación de las alienaciones" depende en términos fundamentales del carácter del Estado. Sin duda, se trata de ese "Estado anti-imperialista que sintetiza la sociedad y sus relaciones" y a quien corres-

* —"la palabra vale más que las armas".

ponde un papel fundamental y revolucionario. Y "señalar las finalidades sociales y las orientaciones colectivas e intermediar con ellas las acciones individuales y grupales". De acuerdo, pero ¿qué evitaría en ese caso, el peso excesivo de ese Estado? Me temo que nos hallemos, entonces, ante una versión más de estatalismo sin contraparte societal, pues el cooperativismo enunciado en el mismo modelo, no sería ni de lejos, un contrapeso suficiente.

Así, creo ver la fuente de esta concepción en una idea del poder confundido, un poco más o un poco menos, con el Estado mismo, y a éste como la instancia racional de la política. Confía mucho el autor en el Estado como ente racional. Pero la feroz experiencia de nuestro siglo nos indicaría también lo contrario. Un Estado, puede ser, irracional y conducir, por ejemplo, una nación, un imperio o una civilización, hacia la guerra, el gasto suntuoso o a la muerte. El autor cree en el poder del progreso pero yo no veo cómo el progreso del poder pueda arrancar de su concepción del poder. No veo los límites de ese poder ni de ese Estado. Ciertamente es que postula de manera clara el papel de los partidos políticos en diversos pasajes. Es decir, el papel de los otros partidos políticos, en caso de una victoria aprista. Pero no dice nada sobre la alternancia. Animó siempre el fondo de esta cuestión del poder en el aprismo histórico un fantasmal deseo de permanencia, a la manera mexicana, y de confusión entre partido y administración, democracia y partido. Ese halo de vocativo deseo de partido dominante cerró el paso del aprismo en el pasado. Y conviene decir ahora, con claridad, ¿cuáles serían las reglas de juego en caso de una victoria en 1985?

Entiendo perfectamente que el autor precisa definir lo estatal, fuente de planificación y organización totalizantes. Que le urge ese instrumento para acabar con "las inmediatas alienaciones colectivas", "miseria, explotación, dependencia, insuficiencia técnica", que describe. Pero sostener que "la finalidad del proyecto no se sitúa en metas institucionales o categorías esenciales" es un error, tanto teórico como táctico. Esto último, porque despierta suspicacias en quienes vieron en el aprismo histórico un partido de discurso social-democrático pero de conductas excluyentes y autoritarias.

Hay que fijar metas. Y en especial, institucionales. ¿Habrá, por ejemplo, jueces independientes? ¿Cuáles serán las garantías de la oposición? Estas u otras cuestiones no son ociosas. Definen, como lo sabe el autor, la naturaleza de un régimen político. Y por lo tanto, la probidad o no de la propuesta de un futuro diferente. Si el autor quiere contar no sólo con su partido sino con una suerte de consenso general, estos puntos deben estar claros. Y deberá mitigar quizá un punto de vista que tiende a reducciones sumarísimas, y en las cuales paradójicamente no anda lejos de los marxismos dogmáticos. La sociedad, no sólo el Estado; la autonomía, relativa, de lo político ante lo económico, serían otros tantos puntos de vista asumibles, si se quiere salvar la razón teórica. Hay como una fascinación del poder en el intelectual político latinoamericano, y no sólo en García. Y del poder confundido con poder estatal: así advienen, de una y otra manera, los monstruos fríos. Y las políticas de "todo o nada", o "ellos o nosotros". La totalización como mirada del autor es útil para las cosas económicas pero no para el diseño político donde habría que deducir, es-

pacios de libertad, de autonomías, que el autor presiente en su noción ancha de "pueblo", de "cooperativismo", pero en la que habría aún que perseverar, para proponer una práctica diferente, en la base, que siendo liberal no signifique la repetición de las instituciones liberales tradicionales.

b) *ante "las teorías de la dependencia"*

He venido sugiriendo que al describir la realidad de una manera determinada, particularmente desde el capítulo VI, pág. 125, la "economía de industrialización distorsionada" y en lo que le sigue, el autor ha establecido una conexión con las "teorías de la dependencia" y no únicamente en el capítulo de "conceptos generales", (pág. 129). Ha llegado el momento, pues, de examinar esta relación. Que es triple: pues hay que tomar en cuenta, también cómo las hipótesis de la dependencia se relacionan con el marxismo. Más aún, cómo ellas son una forma de marxismo universitario para la situación latinoamericana.

Qué duda cabe, "las teorías de la dependencia", desde los primeros trabajos de Cardoso, Faletto y otros, hasta nuestros días, constituyen la elaboración intelectual más interesante, original y copiosa del pensamiento social latinoamericano para pensar el problema histórico latinoamericano desde las propias sociedades periféricas. El paradigma no sólo parte de la dominación externa para explicar el subdesarrollo. Si la variable externa es importante, el cuerpo de hipótesis de esta teoría establece el tema de lo que Antonio dos Santos llama "la relación básica", esto es, "la dominación constituye y condiciona las propias estructuras internas de las regiones dominadas o dependien-

tes". De ahí que muchos trabajos de esta corriente entraron a detallar las modalidades precisas de la dependencia: alimentaria, industrial, técnica, militar. Con el tiempo, es cierto, y como lo señalan recientes críticas, se llegó al abuso: se hablaba entonces de Estados dependientes, clases dependientes... y dada la interconexión de fenómenos sociales y económicos en el mundo actual, todo podía ser tratado de "dependiente". El fin del desarrollo en el mundo, la crisis de los Estados desarrollistas, en Argentina y Brasil, y el retorno de los actores políticos, como en Bolivia y un poco en el mismo Perú, disminuyeron los alcances concretos de la teoría, un producto intelectual en gran parte universitario y de la tecnocracia internacional.

Sobre "las teorías de la dependencia" el debate continúa.⁵ Aquí sólo nos interesa señalar un par de cosas. La primera, ella puso el acento en la dinámica específica de las formaciones históricas del subdesarrollo que siguen líneas de evolución sociológicas y económicas singulares, distintas en "la periferia" que del "centro". La segunda: la teoría de la dependencia vino a paliar el silencio del marxismo clásico. Por ambos motivos, el aprismo pudo interesarse por este cuerpo de teoría social. Lo sorprendente es que no lo haya hecho antes.

Colonias, países atrasados, contexto colonial, ni en Marx ni en los primeros marxistas, como se sabe, lo que después de la II guerra mundial se llamará "el tercer mundo" era dador de desarrollos originales, de historia. Dejemos de lado la aversión

5. Particularmente, de Antonio Carlos Peixoto "La theorie de la dependance" en, Revue Francaise de Sciences Politiques, abril de 1979, pág. 666 y ss.

del padre fundador Marx ante los campesinos, el tratamiento de Irlanda, la India o México como callejones sin salida, involuciones, no-desarrollos, la negligencia de la aspiración nacional, etc. Convengamos, con Aidan Foster Carter, que todo lo que después se ocupa de revoluciones extra-europeas y pre-industriales, particularmente China, es, como él lo llama, "puntos de vista neo-marxistas"⁶.

Convengamos, luego, que "las teorías de la dependencia" son una extensión del método marxista a un objeto descuidado por los euromarxistas, más que un cambio de métodos, como lo señala una reciente crítica. El objeto específico son las sociedades periféricas y la construcción de una teoría de la transformación social de ellas. Entre marxismo teórico y el paradigma de la dependencia no cuesta demasiado trabajo establecer lazos y subordinaciones. Ciertamente, la obra de un Cardoso o un Faletto no es ortodoxamente marxista, ni pretenden eso. Pero han ayudado a una generación de jóvenes políticos y científicos a pensar el mundo a través de sus categorías, tanto que ya no se trata de un paradigma científico, susceptible de enmienda o de abandono, sino de una visión del mundo.

En nuestro caso nacional, el crecimiento de las teorías del desarrollo y las alternativas neo-marxistas fueron hechas autónomamente del partido comunista, pero dieron una perspectiva a agrupaciones izquierdistas desde una inicial difusión intelectual y académica en la que el grupo de la revista "Libertad" y los "social progresistas" jugaron el papel que to-

dos les conocemos. Ciertamente, el término de desarrollo o su contrario, no es un término marxista. Pero también es cierto que la ascendencia de la temática del subdesarrollo y la moderna crítica social y económica crecieron como hermanos gemelos, hasta llegar a la ramificada investigación de estos días. La temática ganó el conjunto de la clase intelectual (incluyendo militares). Una temática no-aprista. Y en gran parte, competitiva del aprismo.

Todo esto, de alguna manera, descolocó al aprismo en el universo intelectual. Un ejemplo: cuando Augusto Salazar Bondy, trata de la ideología aprista, en 1965¹, lo hace como una contribución, a la que trata *antes* de la democracia cristiana, acción popular y el social progresismo. El orden cronológico expresa también un orden de modernidad. El intitulado no deja lugar a dudas: "las nuevas orientaciones del pensamiento social y político" pág. 437. Cuando Salazar dice *nuevas*, quiere decir, *después* de Haya.

Los apristas, podemos conjeturar, deben haber sentido ese discurso del desarrollo como un discurso rival, abiertamente excluyente, dispuesto a enterrar las contribuciones de Haya y a diluir la noción del Imperialismo en un juego sutil de redes de dependencia. Deben probablemente haber visto todas aquellas especulaciones no como el resultado de sus propios silencios sino como un izquierdismo fácil, invocando fraternidades lejanas o tercermundistas para olvidar las continentales más próximas y urgentes. Como una suerte de marxismo de académicos y tecnócratas capaz, sin embargo, de nutrir las formaciones marxistas-leninistas en rápido crecimiento o alimentar monstruos fríos como el Estado desarro-

6. Me refiero al trabajo de Aidan Foster-Carter "Puntos de vista neomarxistas sobre el desarrollo y el subdesarrollo" editado por Cuadernos Anagrama, 1977, por lo tanto, de amplia circulación en nuestro medio.

llista de Velasco, y tanto unos como los otros, desdeñosos de los postulados de libertad y democracia los cuales resultaban definitivamente extraviados en la urgencia de transformar el Estado, la sociedad, o ambos.

En cambio, hoy, reclama Alan García una doble herencia. Sin duda, la de Haya; y al mismo tiempo, la de una línea de teóricos que como el caso del tunecino Samir Amin, ¡les conectaría, a los apristas, a otras ideologías de la liberación en otras sociedades periféricas del Oriente Medio y del Asia! Puesto que, en efecto, "El Desafío Diferente" viene a colocarse, a su turno, después de las teorías del desarrollo y de la dependencia neo-marxistas de los últimos decenios. Es decir, casi como una respuesta a la clasificación del libro de Augusto Salazar Bondy, unos veinte años después. ¿La tarea histórica del aprismo viene después de los neo marxismos?

Sin duda es más fácil ver ahora los vacíos de la teoría de la dependencia después de veinte años de ejercicio de ésta. Se ha dicho, por ejemplo, que los especialistas de los temas de la dependencia estuvieron atentos a cómo se producía el anclaje de las sociedades periféricas en la dominación externa y que descuidaron los agentes sociales y políticos que podían alterar la situación. Se dice más aún: La teoría de la dependencia es un cuerpo de hipótesis destinado a abordar un objeto concreto, y no el objeto mismo.

Así, la descripción formalista de la sociología del desarrollo insuficiente no implicó, sino rara vez, una formulación del Estado. Y aun cuando lo hicieron, —"la tecnoburocracia estatal" de Helio Jaguaribe entre otros— descuidaron lo que un analista clásico, de clases, partidos, personalidades, habría tomado en cuenta. Se ha dicho,

por último, que a medida que vuelven esos actores clásicos se eclipsa la teoría, ante demandas de autonomía nacional, justicia social y personalización de la política. Nada me impedirá agregar aquí que toda totalización explicativa puede sucumbir ante lo inesperado, lo irracional, la imprevisibilidad de la historia. El retorno de lo religioso en los escenarios históricos, por ejemplo en Irán, es un caso aunque extremo. La voluntad de la nación, la fuerza de los "carismas" personales, ofrecen otras, estos últimos, vigentes en nuestro continente.

Queda algo más que decir. Como paradigma científico la teoría de la dependencia no tiene forzosos herederos políticos. Ni el aprismo ni el marxismo hallarán en ella, porque no ha sido construida para eso, la forma del Estado. Por la simple razón que el Estado es una variable independiente, sometido a imperativos económicos y otros, a reglas jurídicas, pero también, es cierto, lo inverso: un tipo de Estado determina los actores. Entendido como tales, también, las formas de producción y las voluntades particulares. Nada hay irreductible en la historia humana y menos, en la formación de la conciencia. Que estas paradojas estimulen, espero, y no irriten.

III. DEMOCRACIA O BARBARIE: EL DEBATE DEL FIN DE SIGLO

Pero más allá de todo aquello, nos espera una gran cuestión que como las interrogaciones verdaderamente

7. Yo diré que hoy circulan en las ciencias sociales otros paradigmas, por ejemplo, desde los coloquios de Stanford, el del *desorden creativo*, la *nueva alianza* (entre lo científico y lo poético), etc. Pero quizá convenga que sobre eso, entregue, más adelante, a SP, un ensayo de actualidad científico teórica, si así lo dispone el Consejo de esta revista...

grandes no es una sino doble. Quedan por realizarse, el desarrollo y la democracia atados en la misma ecuación de progreso.

Este es, a mi parecer, el telón de fondo sobre el cual hay que colocar los otros postulados de este libro. Ello ocupará el horizonte de los años ochenta, el resto le es subsidiario.

La cuestión no es nueva, ciertamente. La inestabilidad política desde nuestra Independencia seguida del hábito del retardo y la creación de nuevas dependencias constituyen el balance de la historia republicana. Un balance que se cuenta más por lo negativo. Es más, en materia de estadios económicos y prácticas de libertades vamos detrás de la mayoría de pueblos latino-americanos. Podríamos ser un pueblo pobre pero democrático como el de Costa Rica. O haberse producido un desarrollo industrial compulsivo como el de México o el del Brasil. Esas situaciones históricas proceden de un pasado inmediato. De un tipo de crecimiento económico que se detuvo para la América Latina en 1973. ¿En las condiciones de los años ochenta, de crisis mundial prolongada y degradación psicosocial en el país, será posible lo que no pudo alcanzarse en tiempos más prósperos o menos conflictivos?

Alan García reitera que al aprismo le interesa la aspiración simultánea "al bienestar y a la libertad". Confieso que eso nos pone a todos ante un dilema. ¿Cómo a priori, estar en contra? ¿Cómo, por el contrario, cerrar los ojos ante la envergadura de esa doble apuesta y sus dificultades, sino, su imposibilidad?

Se puede, sin embargo, alegar que ese reclamo democrático no es sino un recurso retórico, y en un político, un tópico más. ¿Quién, por otra parte, niega ser demócrata? Aun las dictaduras,

aun Pinochet, se reclama de "una democracia autoritaria". Dejemos las dudas. Esa unanimidad no es una astucia generalizada, ni un signo de un carácter latinoamericano capaz de disociar —vieja herencia ibérica—, el discurso de los hechos, la promesa del compromiso. El clamor democrático de los pueblos de la América Latina recorre dos siglos. No hay legitimidad más alta que las urnas. Aún las dictaduras recurren a los plebiscitos. Podrá parecer, sin duda, a un observador extranjero, patético, ineficaz ese sueño de voluntad popular en un continente que le ha sido fiel con una constancia que ignoran inclusive algunas naciones occidentales. Pero sueño o promesa, utopía o lenta realización inscrita en "la longue durée" —en el tiempo largo de los historiadores—, ella constituye, fijarse bien en lo que afirmo, una *ideología popular*, por lo tanto algo, un sentimiento, anclado profundamente en la memoria abisal de las naciones, en el país real, no sólo en el formal. Eso, Haya, lo sintió en los años treinta, prefirió la connotación de "popular" a la de "revolucionario". Pero eso es ya historia.

¿Y el futuro? Para que sea diferente ¿el aprismo requiere de esa afirmación de lo popular que lo separa de otros liberalismos y de lo democrático que lo separa de otros marxismos?

Pero, ¿ello es posible? Un proyecto histórico que proponga un tipo de democracia capaz de crear riqueza y de repartirla bien no me parece utópico, me parece sin duda difícil. Esta dificultad proviene tanto del problema del estilo de nuestro crecimiento en la periferia del mundo industrial como de la especificidad misma de la singularidad democrática. En efecto, las democracias en el mundo en que vivimos son en número limitado. Por el contrario, no es cierto que se hallen implantadas exclu-

sivamente en Europa. Además del Canadá, en el mundo extra-europeo, India y Japón, son un ejemplo, de esa difícil pero no imposible reconversión. (¿o transfiguración?).

Esta es, pues, la interrogación mayor. ¿La democracia, es el privilegio de algunas sociedades industriales o una fórmula más universalizable? Nadie puede dar una respuesta definitiva a este asunto. Porque en gran parte la respuesta está en curso, como creación de caminos o suicidio de colectividades. Ningún reduccionismo económico o material puede venir a evitar la responsabilidad de los actores políticos y sociales, de los hombres en un tiempo dado. No seré tan ingenuo en despreciar el peso de lo económico y lo social. Pero, desde los días de un primario análisis de los avatares del poder y de la conciencia social desde los determinantes productivos, mucho se ha despejado. No conferiremos a la palabra un valor casi demiúrgico. Pero las verdaderas respuestas provendrán de las capacidades políticas.

De alguna manera, la política tiene un grado de "autonomía". Para ese proyecto de democratización de la sociedad peruana —y no únicamente del Estado— pueden divisarse y preverse, dos grandes obstáculos, en los años inmediatos. De un lado, la crisis, que se acrecentará con toda probabilidad en el curso de los años ochenta. Y del otro, la debilidad constitutiva de nuestra sociedad política.

8. Releyendo estas notas, noto a mi vez que la idea la he tomado del trabajo de Alan Rouquie, "L'Etat Militaire en Amerique Latine" que acaba de ser editada en Paris y en Seuil. El "trasvase" quizá se deba a que preparaba, al mismo tiempo que estas notas, una reseña de ese trabajo. La pregunta de Rouquie, es exactamente la siguiente: "(la democracia...)" Privilege atlantique et septentrional, ou forme de vic publique universalisable?" pág. 464.

La crisis, por cierto, Alan García la menciona como "el fin del desarrollo" (pág. 181) y "las nuevas modalidades de acumulación dependiente". Y en "la tentación coreana" (pág. 193).

Cabe, no obstante, preguntarse cómo se recibe en Lima la cuestión de la crisis mundial. Nuestra percepción resulta condicionada por las fluctuaciones de la misma crisis, expansión, marasmo, depresión, es decir, tal y como llegan a nosotros. (y deuda externa, crédito internacional inexistente o caro, etc.). Pero lo esencial del vasto fenómeno puede perfectamente escapar a observadores periféricos.

El problema no es que el capitalismo vaya o no a morir. Sino que un tipo de crecimiento económico que tiene dos siglos de existencia, desde la revolución industrial hasta nuestros días, ha concluido. Y que la crisis actual siendo un modo de regulación del propio capitalismo es también, el punto de introducción de innovaciones tecnológicas. Es decir, nos hallaríamos en una época de transición entre dos revoluciones industriales."

Mutación de la informática, la robótica, la biotécnica, el átomo, que no precisan de materias primas abundantes sino de materia intelectual. Así, el efecto expansionista basado en la producción de nuevos bienes (por ejemplo, la computación fabril y familiar) llevará tiempo. ¿Cuánto tiempo? Se vuelve a hablar, entre economistas, del ciclo Kondrotiev. Un periodo de baja se habría iniciado, unos 25 años, que comprendería de 1974 a 1990-95. Los deba-

9. Sobre esto de la revolución tecnológica ligada a la crisis, para los interesados un par de referencias. El número 1805 de la "Documentation Francaise", janvier 1983, en su serie "Problemes économiques", Paris. Y un importante trabajo del gran economista brasileño Celso Furtado, que acaba de aparecer en "Le Monde Diplomatique" de febrero de 1983, en el mismo sentido.

tes de esta historia económica al alba del próximo siglo no son un tema exclusivamente académico ni para premios Nobel de economía. Ningún proyecto, socialdemócrata, staliniano para subdesarrollados o de izquierda moderada, puede dejar de tomar eso en cuenta, y menos, en la periferia del mundo industrial. El trabajo de Alan García llama la atención tanto sobre la relación entre tecnología y modelo global, pero el debate y la profundidad de este asunto deberá continuarse.

De otra parte, la debilidad de la sociedad política. Es evidente que el poder no se acumula en el caso peruano. Ningún Presidente con legitimidad democrática ha concluido su mandato. Ninguna dictadura es prolongada. Desde 1980, quizá asistamos a una nueva fase: multiplicación de los actores (partidos y movimientos sociales) tratamiento de los conflictos por un pragmatismo consensual (Parlamento, juego de los partidos entre sí, delegaciones sindicales obreras y campesinas, etc.) y se observa, estrategias generales de negociación. Todo esto es nuevo, complicado, difícil, a menudo lento, pero esperanzador. Así, ante una crisis, la cual no permite dilapidar recursos ni tiempo, ante la creciente demanda de las capas populares deprimidas, como se sabe, a niveles de miseria, está surgiendo un nuevo tipo de poder en el Perú; desde su débil pero activa democracia: un poder relacional, no coercitivo. No hay distribución de riquezas pero sí hay distribución de influencias y esferas parciales de dominio.¹⁰

10. Que fue uno de los rasgos nuevos y positivos que hallé en Lima a mi retorno en 1981 y que recogí luego en una ponencia en Grenoble, Francia. Ver, si se considera necesario, "Una mirada a la sociedad peruana. 1980-81 La producción de marginalidades y el impacto de la crisis" en "Marginalités dans les pays andins", Actes du 5e colloque, Grenoble, AFERPA.

De Almond, tomemos el término técnico de capacidad. Capacidad de regular conflictos, mineros, campesinos, huelgas, otros. De distribuir: bienes, servicios, status; recompensas. Capacidad simbólica: liturgias, discursos de legitimización, celebración de héroes públicos que faciliten la movilización del consenso popular. ¿Quién reúne y monopoliza en la sociedad política peruana estas funciones en 1983? Nadie. Ni el Estado, ni la sociedad política ni sus partidos. No es que el poder político no exista. Es que está diseminado. Creo, venturosamente.

De modo que la tarea histórica del Apra no puede ser obra únicamente del aprismo. Que el proyecto aprista tendrá que contar con algo más que el aprismo. Lo cual es válido correlativamente para las izquierdas. No hay centro de poder sino relación entre diversos núcleos. El futuro diferente será construido con más actores, cuya presencia es todavía fantasmal en el texto de Alan García.

Un discurso del poder como éste también se lee por sus silencios. No hay una sola referencia a los pensadores peruanos que *después* de Haya contribuyeron a la formación de un cuerpo de ideas ahora consensual en el examen de la realidad, y pienso en los social-progresistas, en Bravo Bresani, Augusto Salazar Bondy, Matos Mar, y muchos más. Si el aprismo de los años ochenta quiere situarse, lo cual es legítimo en todo partido con aspiración a representar el interés de la nación en general, en el centro de las expectativas, incluidas las intelectuales y simbólicas, tendrá que asumir su relación conflictiva con esas corrientes intelectuales, y el silencio no es el mejor de los caminos. Supongo que todavía es temprano para hallar un lugar a la disidencia creativa de un Carlos Delgado y su posterior contribución, parti-

cularmente en torno a la noción de participación y de autogestión, pero eso también espera enmienda.

El autor anuncia nuevos trabajos. Si el proyecto quiere ser la alternativa, si se trata no sólo de llevar al Apra al poder sino de democratizar la sociedad peruana, será preciso completar lo iniciado en diversas direcciones. La historia política del país está por hacerse. De 1962 a nuestros días: evolución y emergencia de nuevos actores. La del propio aprismo, paradójicamente, ausente como historia y sociología de un partido, en un trabajo que trata del aprismo como una entidad incambiada. ¿Es esto verdad? Los electores de 1931 ¿son los mismos de 1956 y los de 1980? ¿No han variado las clases y las capas sociales en la adherencia?

Los nuevos trabajos se extenderían a los países vecinos, a sus formas de desarrollo también incipiente. La América Latina no ha visto todavía el nacimiento de una sociedad industrial por entero. Lo menos que se puede esperar de esa exploración continental de Alan García y sus equipos técnicos es precisiones. ¿Cómo se realizará la integración? Todos estamos idealmente de acuerdo en la asociación dentro de la vasta comunidad de pueblos a la que pertenecemos, de hecho. ¿Con qué tipo de mercado? ¿Con qué técnicas?

Todo esto puede ser indagado cuando se abre un campo de coincidencias. Observo en este trabajo, volviendo a lo posible, la promesa de un retorno a una economía nacional que se opondría a la transnacionalización ocurrida desde 1980, y el aliento a la idea de "nación", unida a la autoregulación, es decir, a lo autogestionario.

En fin, hay un gran ausente colectivo en este trabajo. No son las ideas sociales, no son los partidos políticos, ni el mismo aprismo. Es la *sociedad peruana después de 1968*. Creo que no

abuso si señalo una suerte de "consenso" entre diversos investigadores peruanos acerca de los cambios ocurridos en el país, desde las grandes reformas del período de Velasco. Es cierto que Alan García observa, sin ira, los años 1968-75, en el capítulo V, pág. 151; es decir, como "la consolidación del proceso urbano industrial durante el gobierno militar". Pero las observa, más como crítica al gobierno militar, y está en su derecho, que como "consolidación urbano-industrial".

Y pregunto, ¿cabe todo el proceso social en ello? No le pido, ni a nadie, que apruebe esas reformas. Pero sí, al sociólogo y al político, se le puede exigir que mire las consecuencias en el tejido económico, en los desplazamientos de clases. La idea misma de "consolidación urbano-industrial", quita al proceso histórico de los últimos quince años, lo más significativo. Consolidase lo que viene de atrás. Pero, ¿la transformación de la sociedad peruana en estos últimos años no ofrece caracteres nuevos?

Si digo esto, es porque coincido con Alan García en su petición básica de democracia, y no por ningún ánimo nostálgico de reconocimiento de un "proceso" que pertenece a la historia. Cuando lo he leído, tuve la impresión de que el país espera en un futuro inmediato, una legitimación democrática. Esto es en parte cierto: cuando un mandatario civil logre entregar su investidura a otro mandatario civil. Pero observar sólo ese aspecto formal es mirar sólo al país oficial. Quiero decir simplemente que en el país real, desde las grandes reformas de 1968-75, ya ha comenzado un gigantesco y hasta ahora no mensurable fenómeno de emergencia, de lo que podríamos llamar, hasta que un nuevo concepto se acomode a ésta informe pero creciente realidad, "la democratización espontánea", surgida desde los cambios sociales.

Porque coincido con Alan García y con quienes sostengan la necesidad histórica de una democracia institucional es que apunto a la observación de esa democratización real, popular, emergente. Creo que Alan García no me negará estas líneas de fuerza del crecimiento de un nuevo país, desde los lodos y barro más populares. Y que serían las siguientes:

a. *transformación del mundo rural*, con empresas asociativas, que sumadas a las "comunidades" conforman un cuerpo de células sociales democráticas y autónomas, aunque sean bajos sus niveles actuales de ingresos y persista su aislamiento, en particular, el cultural. Pero un proyecto de democratización general no puede dejar de tomar eso en cuenta: la "mancha india", las prácticas de self-government campesino.

b. *la formación de una cultura urbana, popular; nueva cultura limeña, cultura de mosaico*, la he llamado ("Marginalite dans les pays andins", Grenoble, 1981) y ella es quizá, confusa, mezclada, espúrea, la forma de la "cultura nacional", donde todo, influencias extranjeras y raíces indias e ibéricas, confluyen. El lenguaje popular, la música, el arte plástico, la literatura, serían parte de esa *creatividad cultural*. Los zorros de abajo.

Procesar todos estos cambios, cierto, es una tarea inmensa. Pero será la única manera de hacer coincidir el postulado ideal democrático y la realidad, el país real, que ha crecido inmensamente. Para los apristas, para los marxistas, para todos.

En suma, todo diálogo y contribución es posible si existe la voluntad de escuchar. He leído el libro de Alan García como un discurso, a la vez, afirmativo de su identidad partidaria, y como una oferta, una mano tendida, hacia otros campos ideológicos, campos colaterales, no contrarios. Es un libro afirmativo, optimista pese a su contenido: la descripción de un estado de cosas insostenible. Un libro, finalmente, saludable. Al margen de las grandes coincidencias o diferencias, saludo sobre todo su espíritu. Y el clima cívico que viene a producir. Se ha escrito hacia afuera, para los que no somos apristas, con claridad y rotundidad, pero en un lenguaje que también es el nuestro. Se ha escrito para adentro, venciendo fobias, estereotipos y cicatrices que han dejado decenios de combate. Hace una difícil conjunción, la de la fidelidad y la de la apertura. Es conmovedora su gratitud y memoria ante Haya "para el viejo, con lealtad y afecto". Pero un lector como yo, no ha recogido por ello la impresión de haber entrado de rondón en una ceremonia interna del aprismo, en la zona sagrada de una liturgia exclusiva, muy al contrario, he tenido la impresión de escuchar un discurso que sobre muchos puntos y problemas bien podría también ser el mío, y como el llamado cordial a construir, pero no en solitario. Sin alienar el alma, o la ideología, de los otros. Al fin comienzan a aparecer en el Perú los signos de una conciencia esperanzada, que hace de su propia libertad el fundamento de un diálogo en donde la libertad de los otros es la fuente misma del diálogo.